FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

GUA-GUÁ

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

IMITADO DEL FRANCÉS

SEGUNDA EDICIÓN

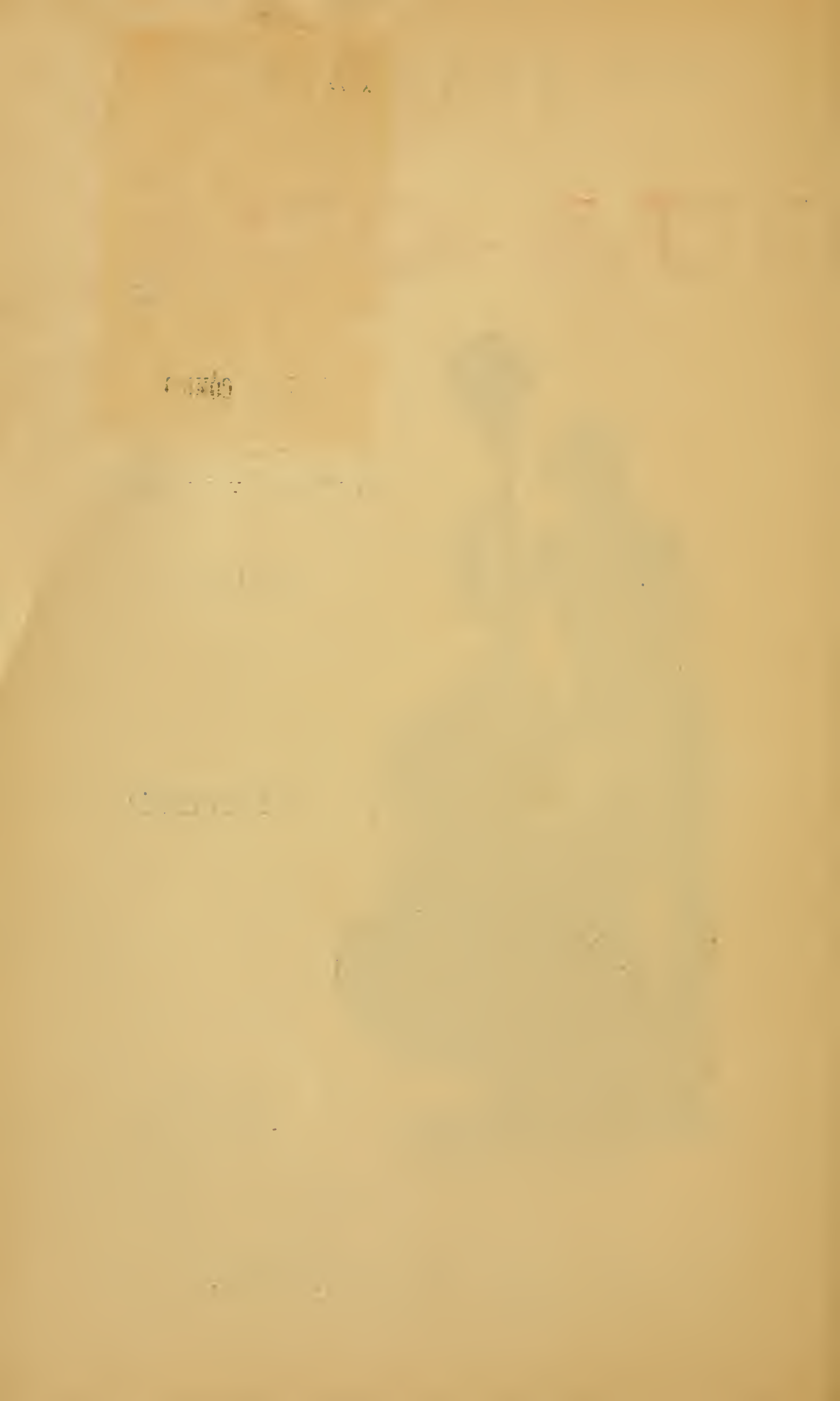
MADRID

MDCCCXCVII

FOTOGRAFÍAS DE AMADOR.—FOTOGRABADOS DE CIARÁN

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

MAYOR, 16, ENTRESUELO



GUA-GUÁ

LIBROS DE FELIPE PEREZ Y GONZÁLEZ



POMPAS DE JABÓN

Cuentos, chascarrillos, anécdotas y sucedidos, en verso

Un tomo en 8.º, con numerosos dibujos de Pons, **4 pesetas.**

FUEGOS ARTIFICIALES



VERSOS Y ARTÍCULOS
con un *prólogo-mazurka* del popular maestro
CHUECA

Un tomo en 8.º, profusamente ilustrado, **4 pesetas.**



¿Quieres que te cuente un cuento? Pues allá va un ciento.

Cuentos y chascarrillos en verso

Un elegante tomo de nutrida lectura, **3 pesetas.**

CHUCHERÍAS



Fruslerías históricas y chascarrillos de la Historia

Un tomo profusamente ilustrado, **3 pesetas.**

GUA-GUÁ

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO, IMITADO DEL FRANCÉS

y escrito en prosa

POR

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

Representado por primera vez en el TEATRO CÓMICO, de Madrid,
la noche del 13 de Noviembre de 1897

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1897

A mi muy querido amigo el aplaudidísimo sainetero

Tomás Luceño

en prenda de sincero afecto

Felipe Pérez

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUCRECIA..................	Sra. D.ª Matilde Rodríguez.
PEPA........................	Srta. D.ª Rafaela Lasheras.
DON REMIGIO..............	Sr. D. José Rubio.
CASTO......................	» Valentín Escosura.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda las del actor

Escena V.—*D. Remigio* (Sr. Rubio), *Pepa* (Srta. Lasheras), *Lucrecia* (Sra. Rodríguez)



Escena XII.—*Luerecia, D. Remigio, Casto* (Sr. Escosura)

ACTO ÚNICO

Gabinete muy elegante. Puerta de entrada al foro. Otra puerta á cada lado en primer término. Chimenea; piano. Mesa en el centro; ácada lado de ésta una silla. Colgaduras en las puertas.

ESCENA PRIMERA

LUCRECIA, PEPA. Al levantarse el telón está la escena sola. Suena dentro, foro, un fuerte campanillazo, á poco otro más fuerte y prolongado. Momentos después sale por el foro Lucrecia, con elegante traje de paseo, muy agitada. Pepa viene detrás

LUC. Esto es insoportable.

PEPA ¿Ha ocurrido algo á la señora?

LUC. Nada. Déjame.

PEPA ¿No desea la señora que le ayude á?...

LUC. No. Vete. Si te necesito, ya te llamaré. (Se sienta.)

PEPA Está bien, señora. (Aparte.) ¿Qué mosca le habrá picado? (Vase por el foro.)

ESCENA II

LUCRECIA, sola

¡Ay! (Dando un gran suspiro.) ¡Qué Madrid este de mis culpas! Es imposible que una mujer joven, y no mal parecida, salga sola á ninguna hora. ¡Cuánto moscón y cuánto necio y cuánto atrevido! No da una un paso sin

tropezar con un *quidam* que se queda plantado mirándola con ojos de carnero á medio morir, ó que se viene detrás como si fuera un lacayo, ó que se pone al lado,—y esto es lo peor—soltando esa retahila de sandeces, que ellos llaman *flores*... ¡Flores! Las flores son ellos... *¡lilas!* ¡Y qué cosas dicen algunos!... Hoy precisamente me ha tocado una «racha» de piropos «regionalistas...» (Se levanta.) Apenas salgo de casa me encuentro con un catalán, que tiene facha de anarquista, y que con unas miradas y unos ademanes, que parecía que me iba á pegar, exclama: «¡Uy, qué noya! Non he vedut en la meva vida una xiqueta *mes* guapa y *mes* grasiosa y *mes* resalada y *mes*...» En fin, un piropo con cuatro ó cinco *meses*. Vuelvo la esquina y me doy de cara con un vizcaíno, que ya me hizo el oso en San Sebastián el verano pasado, y que me dice con cara muy sonriente: «Guapo que te estás, cara bonito, mucha que me gusto, salero que te tienes, pues...» Ando unos cuantos pasos y dos guardias del orden—del orden, ¿eh?—sostienen este diálogo, haciéndome pasar por entre ellos:—«¡Eh! Pachu, nun es custal de paja.— Aunque lu fuera me la comía...— ¡Guloso!»—Y para que nada me faltara, ahora, al volver á casa, se me pone delante ese andaluz descarado que vive ahí enfrente, y que como todos los días me larga esta «monserga laberíntica», que he acabado por aprenderme de memoria:—«¡Oleya! ¡Viva la metensicósis de la superabundancia superferolítica de la contumacia de la contumelia del requebeque y el sacaratruqui de la ingerencia en las simosidades de la tracamundana... pin, pún, pan... ¡Olé, ya!...» ¡Oh! ¡Esto es insoportable! ¡Qué hombres! Desde que mi marido está ausente y tengo que salir sola, la turba de moscones que me persigue es insoportable... Y si se limitaran á eso... pero hay quien tiene ya la audacia de escribirme y de pedirme una entrevista y

de amenazarme con meterse hoy aquí... y de hacer una atrocidad espantosa si no le recibo y no le escucho... ¡Como estoy sola con la muchacha, la verdad es que tengo miedo!... (Toca el timbre.) ¿Se atreverá á venir?

ESCENA III

LUCRECIA. PEPA, por el foro

PEPA ¿Llamaba la señora?

LUC. Sí, toma el abrigo y el sombrero.

PEPA ¿Qué es eso? ¿Viene la señora mala?

LUC. Mala, no... Aburrida, nerviosa, desesperada.

PEPA ¡Ah! Ya lo dice el refrán: «El que espera desespera.»

LUC. ¿Y quién te ha dicho á tí que yo espero á nadie?

PEPA ¿Pues no espera la señora á su marido?

LUC. ¡Ah! Sí... es verdad... tienes razón... (Se sienta en una butaca, queda un momento pensativa, mira el reloj y dice distraída, sin advertir que Pepa la escucha.) ¿Vendrá?

PEPA ¿Cómo es eso? ¿Teme usted que el señor no vuelva?

LUC. ¡Qué disparate!

PEPA Como ha dicho usted...

LUC. (Secamente.) Yo no he dicho nada, ¿sabes? (Cambiando de tono y con dulzura.) Precisamente en su carta de hoy me anuncia que regresará dentro de tres días, en cuanto arregle lo del pleito que le ha llevado á Guadalajara.

PEPA ¡Un pleito!

LUC. El primero que ha tenido desde que es abogado.

PEPA (Con cierta malicia picaresca aunque sin perder su actitud respetuosa.) Pues como tarde en volver á Madrid... para él es para quien veo yo el pleito mal parado.

LUC. ¿Qué dices?

PEPA Ya ve usted, señora. Yo no soy tonta, aunque me esté mal en decirlo y como esta mañana cuando el cartero trajo la carta del señor... trajo también otra...

LUC. ¿Y qué?

PEPA ¡Nada!... Que era «del interior» y letra de hombre...

LUC. ¿Tú has reparado?...

PEPA ¡Vaya! Y también reparé que cuando entregué á usted esa carta se puso usted muy colorada.

LUC. ¡Ah!

PEPA De modo que yo entregué á usted la carta... y usted también la entregó...

LUC. ¡Pepa! (Con tono de reconvención.)

PEPA ¡Ay! señora, usted perdone...

LUC. Pues bien, sí... Al cabo tendría que decírtelo. Esa carta es de un joven que hace algunos días me persigue con una insistencia desesperante... No puedo dar un paso sin encontrarme con él y ahora... ya ves, se atreve á escribirme, á exigirme una contestación.., y una entrevista.

PEPA ¡Qué descaro!

LUC. ¡Oh! Pero yo no puedo, no debo escucharle... ¿Qué diría mi marido?

PEPA Yo creo que no diría nada bueno... En fin, con no contestarle ni recibirlo...

LUC. Imposible.

PEPA ¿Cómo?

LUC. En esa carta me dice que si no logra entrar por la puerta entrará por el balcón ó por la chimenea...

PEPA ¡Caracoles! (Mirando á la chimenea.)

LUC. O se filtrará por la pared.

PEPA Ese hombre es *el Comendador*.

LUC. Y lo más grave es que agrega que si no consigue verme y hablarme hoy aquí, se levantará la tapa de los sesos en la escalera, delante de mi puerta, dejando escrito en un papel que á nadie se culpe de su muerte... más que á mí. ¡Ya ves qué escándalo, qué disgusto! ¡Y qué remordimiento!

PEPA ¡Pobrecillo!

LUC. ¡Ah! ¿Tú le compadeces?

PEPA No, señora; á quien compadezco es á su marido de usted ..

LUC. Vamos á ver, Pepa; dame tú un consejo.

PEPA ¿Yo, señora?...

LUC. ¿Qué harías tú en mi lugar?

PEPA ¡Qué sé yo!... ¿Es guapo?

LUC. No seas necia... Dí, ¿lo recibirías?

PEPA Pues, sí, señora... para decirle: Caballerito, está usted equivocado... Yo soy una mujer casada... Eso que usted quiere no está bien... Yo quiero á mi maridito y nada más... ¡Conque abur y la del humo!

LUC. Eso es... y si no se marcha ..

PEPA Se llama á la pareja.

LUC. ¡Un escándalo!...

PEPA Entonces...

LUC. Está bien... No hablemos más de ello y sea la que Dios quiera. ¿Ha venido alguien mientras he estado en la calle?

PEPA ¡Ay! Sí, señora. Con la conversación lo había olvidado. Hace media hora estuvo á visitar á los señores un nuevo vecino de la casa, un hombre ya machucho, feo, calvo y un poco sordo. Aquí dejó su tarjeta. (Dándole una que habrá sobre la mesa.)

LUC. A ver. (Leyendo.) «Remigio Calderón, tenor de ópera retirado y profesor de contrabajo en activo servicio. Da lecciones á domicilio. Lleva el instrumento. Precios módicos.» —¿Dices que es viejo? (Como si le ocurriera de pronto alguna idea feliz.)

PEPA Machucho.

LUC. ¡Qué idea!... Sí... Ese es el hombre que necesito.

PEPA. ¡Señora!

LUC. ¿Dónde vive este señor?

PEPA. En el cuarto tercero izquierda. Aquí, sobre el nuestro.

LUC. Llámale.

PEPA. ¿Eh?

LUC. Dile que tenga la bondad de bajar en seguida... dile que yo... que yo deseo tomar lecciones de contrabajo.

PEPA ¿Usted?...

LUC. Vamos, anda, que no hay tiempo que perder.

PEPA. (Aparte, yéndose.) Pues, señor; esto sí que no lo entiendo. (Vase por el foro.)

ESCENA IV

LUCRECIA

Indudablemente es una buena idea. Este don Remigio es un señor anciano y respetable... de seguro. Todos los profesores de contrabajo tienen un aire muy respetable. Comprenderá lo grave y apurado de mi situación y no se negará á prestarme su auxilio. Es de esperar. Todos los profesores de contrabajo tienen aspecto de ser muy amables... ¡Ya lo creo! Segura estoy de que me escuchará con interés, aprobará mi proyecto, aplaudirá mi conducta y hará su papel de esposo interino á las mil maravillas... ¡De fijo! Todos los profesores de contrabajo tienen facha de casados... ¡Jesús! ¡Qué tonterias digo!

ESCENA V

LUCRECIA, PEPA y DON REMIGIO por el foro. Don Remigio trae el contrabajo.

PEPA. Señora, aquí está el vecino del tercero.

REM. ¿Se puede?...

LUC. ¡Oh! Pase usted.

REM. Muy buenas tardes, señora. He sabido que usted desea... y me he apresurado...

LUC. Muchas gracias. Pero, ¿por qué se ha molestado usted?...

REM. ¿Cómo?... (Don Remigio procurará constantemente ayudarse para oir colocando la mano izquierda en la oreja en la forma que los sordos acostumbran hacerlo.)

LUC. Que por qué ha venido usted cargado...

REM. ¡Ah, señora! Es un deber. En mis tarjetas lo anuncio para que mis discípulos no tengan que adquirir por el pronto un instrumento que es caro y ocupa mucho sitio.

LUC. Pepa, sirvenos el té. (Vase Pepa foro.)

REM. Si usted desea dar hoy la primera lección...

LUC. Hoy no... mañana.

REM. Lo comprendo, por la hora... En ese caso...

LUC. Hoy deseo hablar con usted de otro asunto.

REM. Entendido. Usted querrá saber las condiciones, el precio, los...

LUC. No, no es eso.

REM. ¿Exceso? No, señora, nada de exceso... precios módicos al alcance de todas las fortunas.

PEPA. (Con la bandeja y servicio que coloca sobre la mesa.) Aquí está el té.

LUC. Tome usted asiento.

REM. ¿Eh?

LUC. Que se siente usted y tenga la bondad de acompañarme...

REM. ¡Ah!... tanta amabilidad... (Aparte.) ¡Caramba! Si encontrara muchas discípulas tan ama bles y tan guapas... (Mientras dice estas frases, embarazado con el contrabajo y con el sombrero, no sabe como sentarse. Después de breve vacilación cuelga el sombrero en el contrabajo y deja este en un rincón.)

LUC. (Que ha estado sirviendo el té.) ¿Quiere usted un poco de coñac?

REM. Mucho, señora... (Rectificando.) Mucho... honor... (Se sienta.)

LUC. Caballero, he recibido su tarjeta y he tenido la satisfacción de saber que es usted vecino y que se dedica á tocar un instrumento que... que merece todos mis respetos... ¿Quiere usted unas pastas?

REM. Muchas, señora. (Como antes.) Muchas... gracias por tanta bondad...

LUC. Yo soy algo aficionada á la música y... (Aparte.) No sé cómo decirle mi proyecto...

REM. (Levantándose.) En ese caso, permítame usted que le dé una pequeña muestra de mi modesta habilidad. (Va por el contrabajo y vuelve al centro de la escena.)

LUC. No... no es preciso... ya sé.

PEPA. (Aparte.) Es gracioso... ahora va á tocar el violón. (Para la colocación de los personajes véase el fotograbado correspondiente á esta escena.)

REM. No tengo la pretensión de ser un Botessi-

ni... eso, no... pero usted podrá juzgar por sí misma. (Hace algunos ejercicios como disponiéndose á templar. Lucrecia se tapa los oídos. Pepa se ríe.)

LUC. ¡Oh! Basta, por Dios, caballero...

REM. Si no he empezado todavía...

LUC. Otra vez será... Comprendo que mi deseo no es posible. Nunca había tenido el honor de ver un contrabajo... tan cerca. Reconozco su superioridad. Jamás podría manejarlo. Prefiero tomar lecciones... de canto.

REM. Sí, señora; es un encanto... cuando ya se domina.

LUC. Digo que prefiero tomar lecciones de canto.

REM. ¡Ah! Bien, bien... Precisamente soy profesor de canto también. (Don Remigio deja el contrabajo cerca de la puerta de la derecha.)

PEPA. (Aparte.) De cal y canto.

REM. Como habrá usted visto en mi tarjeta soy tenor de ópera retirado. (Se sienta.) Usted habrá oído hablar del tenor *Remí*, apócope de Remigio... ¿No? Por mi excesiva modestia siempre fuí tenor de ópera... económica. A mí siempre me ha tirado la ópera, la música, el *bel canto*... Verá usted. Yo soy hijo de Hernani.

LUC. ¿Es usted hijo de *Hernani*, el de la ópera?

REM. No, señora; del otro... De Hernani, provincia de Guipúzcoa.

LUC. ¡Ah!

REM. Desde pequeño cantaba yo como un pájaro; y siendo todavía muy joven, un maestro de música que vivía en mi casa me pronosticó que yo llegaría á cantar en la Scala.

LUC. ¿En la Scala?

REM. Sí, señora; porque me oyó un día cantando en la escalera. Pero la desgracia me ha perseguido, y á pesar de aquel pronóstico he tenido que rodar por los pueblos en compañías que si no eran de primer orden... eran de primer desorden. ¡Ah! ¡Si usted me hubiera visto en el *Fausto!*

LUC. ¿Ha estado usted en buena posición?...

REM. No .. ahora hablo de la ópera... (Cantando.) *Salve, dimora casta e pura... Salve...*

PEPA. (Aparte.) ¡Pues no está cantando la Salve!...

REM. ¡Oh! ¡Y en el *Poliuto!* (Cantando.) *Credo in Dio re del celo e de la terra, Dio possente...*

PEPA. (Aparte.) ¡Anda! Y ahora se pone á cantar el Credo... Es un cantor de iglesia.

REM. Mi repertorio era vastísimo. *Rigoletto, Lucía, La Africana, Il Trovatore, Norma, Aida, Gli Ugonotti, Semiramide, Roberto il Diávolo...*

PEPA. (Aparte.) Pues cualquiera lo entiende.

REM. ¡Qué *Roberto* el que yo cantaba! Recuerdo que un periódico hablando de mí, decía: «El tenor que ha cantado *Roberto el Diablo* ha estado verdaderamente hecho un demonio.»

PEPA. ¡Ave María Purísima!

REM. La última ópera que canté fué *Cavallería rusticana*... ¡Qué triunfo! Debuté con ella en Cuenca y al día siguiente todos los que me encontraban decían, mirándome asombrados: ¡Qué caballería! ¡Qué caballería!

LUC. Pues bien, señor don...

REM. (Sin oirla.) Un día, por culpa de la tiple, nos silbaron en Calahorra de tal modo que cogí un aire en este oído y quedé un poco sordo. ¡Figúrese usted cómo silbarían!

PEPA. Tiene gracia.

LUC. Pues bien, señor don...

REM. (Como antes.) Un cantante es como un fusil del antiguo sistema. Con el oído descompuesto no sirve para nada. Entonces me dediqué al violón, que yo, por afición, he tocado siempre... y gracias á que mi sordera no es grande ni continua. Algunas veces, hoy por ejemplo, oigo perfectamente.

LUC. Pues bien, señor profesor...

REM. Nada, nada. Daré á usted lecciones de canto .. (Hace una escala)

LUC. Es que... (Aparte.) Allá va... (Alto.) Es que mi verdadero propósito al llamar á usted nada tiene que ver con la música.

REM. ¿Eh? (Sorprendido.)

LUC. Se trata de un asunto grave... íntimo... secreto.

REM. ¿Eh? (Asombrado.)

LUC. Pepa, déjanos solos.
REM. ¿Eh? (Levantándose alarmado.)
PEPA (Aparte.) ¿En qué parará esto? Me quedaré escuchando detrás de la puerta. (Vase por el foro.)

ESCENA VI

LUCRECIA, DON REMIGIO

LUC. Confiese usted, caballero, que mi conducta le parece extraña.
REM. Podré pensarlo, señora, pero confesarlo... ¡nunca!
LUC. Yo soy casada.
REM. Esa es una desgracia que puede suceder á cualquiera.
LUC. Mi marido es celoso.
REM. ¿Hace el oso?... ¿A quién?
LUC. Digo que es celoso, muy celoso.
REM. ¡Ah! Es natural.
LUC. Y celoso es capaz de hacer una atrocidad.
REM. Sí, ¿eh? (Mirando con recelo hacia detrás.)
LUC. Ahora está ausente de Madrid.
REM. Más vale así.
LUC. ¿Eh?
REM. Más vale que esté ausente... que enfermo.
LUC. Pues bien, caballero, yo estoy en una situación muy delicada.
REM. ¿Es posible?... (Mirándola de piés á cabeza.)
LUC. Y necesito que usted me preste...
REM. No es posible. (Interrumpiéndola.)
LUC. Su atención y su auxilio.
REM. ¡Ah! Eso es posible también... (Lucrecia va á la puerta del foro y permanece allí unos momentos como escuchando. Don Remigio aprovecha estos momentos para coger una pasta.) Pues señor, parece que está un poco... (Se mete la pasta en la boca.)
LUC. Señor don Remigio, ¿puedo contar con usted en esta situación? (Don Remigio, que tiene la boca llena, no puede hablar.) ¿No me responde usted? Comprendo. Al ver lo que pasa estará usted formando mala opinión de mí,

pero yo le juro que, á pesar de todo, aquí no pasa nada censurable.

REM. (Después de haber tragado lo que tenía en la boca.) Ya pasó.

LUC. ¡Cómo!

REM. No, nada... Siga usted.

LUC. Desde que se marchó Casto—Casto es mi marido,—me persigue un joven simpático, distinguido, romántico, impetuoso y tenaz.

REM. ¡Malo, malo!

LUC. ¡Oh! Me llamo Lucrecia y sabré ser una Lucrecia.

REM. *Lucrezia Borgia.*

LUC. No señor, la otra.

REM. Esa no es de mi repertorio.

LUC. Nada conseguirá, pero me coloca en una situación violenta, insostenible. Me amenaza con suicidarse si no le concedo una entrevista.

REM. ¡Zape!

LUC. Hoy mismo, esta tarde, dentro de algunos minutos...

REM. ¿Y usted?...

LUC. ¿Qué he de hacer? Póngase usted en mi lugar.

REM. ¡Un demonio! Además, ese joven no aceptaría el cambio.

LUC. Mi marido vendrá dentro de tres días... Yo deseo evitar un disgusto... Estoy sola, sin apoyo, sin defensa...

REM. ¡Caracoles!

LUC. Una mujer casada que no tiene al lado á su marido...

REM. Es un sembrado que el guarda no vigila y al que acuden los pájaros para comerse el trigo... si no se pone por precaución un espantajo.

LUC. Eso es... Pues bien, señor don Remigio; pues bien, señor profesor, yo suplico á usted que por esta tarde sea usted... eso...

REM. ¿Eh?

LUC. El espantajo.

REM. ¡Señora!

LUC. ¿Se negará usted?

REM. Ya lo creo... Eso exige reflexión... Dentro de quince días...

LUC. Ha de ser hoy.. ahora...

REM. El caso es que yo no tengo costumbre... y... francamente, no se hace uno espantajo así de pronto, sin preparación, sin ensayo, sin... Además, hay pájaros de cuenta que no se asustan de espantajos, y que á lo mejor sueltan un picotazo.

LUC. ¿Tiene usted miedo?

REM. Miedo, no.. prudencia... Si usted me permite tomar un poco de coñac...

LUC. Lo que usted quiera.. (Don Remigio se sirve una copa y se la bebe) Hay un medio de arreglarlo todo.

REM. Si hay un medio...

LUC. Usted entra en esa habitación... (Señalando á la puerta de la derecha.)

REM. ¿Y qué hago yo ahí?

LUC. Ocupar el lugar de mi marido.

REM. ¡Ah!

LUC. Ese joven no le conoce. Como siempre me ha visto sola... Cuando venga le recibiré... para evitar una desgracia. Usted escuchará la conversación detrás de la puerta.

REM. Señora, yo no tengo esa fea costumbre... (Lucrecia hace un gesto suplicante.) pero, en fin, por usted empezaré á tenerla. Con permiso de usted.. (Se bebe otra copa) ¡Ah! Advierta usted á ese joven que hable alto para que yo pueda enterarme.

LUC. ¡Oh! Bastara que usted observe sin que él le vea.. Si ese joven se mantiene dentro de los límites de la prudencia... ¡nada! Si escucha mis razones... ¡nada! Pero si se atreviera á propasarse...

REM. ¡Nada!

LUC. ¿Cómo?

REM. Nada.. no tenga usted cuidado. Sé lo que debo hacer.

LUC. Se presenta usted tranquilo, digno, fuerte, con sus derechos de esposo y le indica la salida al temerario...

REM. Muy bien, muy bien... Diga usted, ¿y si el temerario me indica la salida á mí?

LUC. En ese caso... al criterio de usted lo dejo.

REM. ¡Ah! usted lo deja.. Bueno; pues yo también lo dejaré.

LUC. ¡Don Remigio!...

REM. No se apure usted... todo depende de que yo llegue á posesionarme de mi papel de espantajo, por que entonces... brrr... ¿Me permite usted que tome otra copita?... Muchas gracias... ¡Nada!... Cuente usted conmigo. (Se sirve otra copa de coñac que bebe mientras hablan Lucrecia y Pepa.)

LUC. (Toca el timbre y llama.) ¡Pepa! ¡Pepa!

ESCENA VII

DICHOS y PEPA

PEPA Señora...

LUC. Cuando venga ese joven... ya sabes... puedes abrirle sin temor y hacerle pasar aquí... avisando antes.

PEPA Está bien, señora.

LUC. Nada más; vete.

PEPA (Aparte.) Esto va á ser un paso de comedia. (Vase por el foro.)

ESCENA VIII

LUCRECIA. DON REMIGIO

REM. Apropósito... Queda un punto interesante que determinar.

LUC. ¿Un punto?

REM. El momento preciso en que yo debo intervenir.

LUC. Eso... usted juzgará...

REM. Que yo jugaré... Yo no juego con esas cosas... Vamos á ver. Ese joven dirá á usted que la ama.

LUC. Desgraciadamente... es de suponer.

REM. Y pedirá á usted que corresponda á su pa-

sión... (Cantando, música de «Favorita.») *A tanto amor, Leonora, il tuo risponda...* ¿Qué hago yo?

LUC. Nada; dejarle cantar, digo, dejarle decir.

REM. Despues se arrodillará seguramente.

LUC. ¡Oh! Eso no importa...

REM. Luego querrá coger á usted la mano.

LUC. ¡Bah!

REM. Y querrá besársela. (Cantando.) *Un baccio... Un baccio...*

LUC. ¡Oh!

REM. Es entonces... cuando debo presentarme tranquilo, digno, fuerte, con mis derechos de espantajo, digo de esposo...

LUC. ¡Oh, no! Si no pasa de ahí...

REM. ¿De dónde?

LUC. En fin, señor profesor, nadie mejor que usted mismo podrá apreciar el momento oportuno...

REM. Bien, bien... ¿A qué hora espera usted á ese joven?

LUC. A las siete y media.

REM. (Mirando el reloj.) Pues ha perdido el juego, porque se ha pasado.

LUC. ¡Cómo!

REM. Son las ocho menos cuarto.

LUC. Pues bien, venga ó no, siempre quedaré á usted agradecida y cuando mi esposo vuelva de Guadalajara...

REM. ¿Está en Guadalajara su esposo de usted?

LUC. Hace cerca de un mes. Ha ido para encargarse de un pleito.

REM. Cerca de un mes hace que vine yo de allí por haber perdido uno.

LUC. ¿Un pleito?

REM. Un pleito... conyugal. Estaba en primera instancia. Yo iba á casarme con una tiple de zarzuela que trabaja actualmente en Guadalajara. Faltaban pocos días para que ella diera el *sí* en los altares, ya que en el teatro nunca pudo darlo, cuando ví el pleito perdido. Se presentó una tercería. Encontré en su casa una carta que uní á los autos y sin decirle palabra la dejé sin apelación, es decir, con apelación, porque apelé... á la

fuga y me vine á Madrid. Yo conozco bien los términos forenses porque he tenido tantos pleitos con las empresas... Y, en fin, ya que hablamos de mi pleito aquí traigo los papeles... (Saca del bolsillo una carta.) Oiga usted lo que dice la criminal epístola que leí cuando, por fortuna, no me habían leído todavía la de San Pablo.

LUC. Bien; pero es el caso...

REM. Usted me ha favorecido con su confianza; deje usted que ahora yo la moleste con la mía... Me ahoga el recuerdo de la traición y hablar de ello me desahoga... Permítame usted que me desahogue. (Se bebe otra copa de cognac.)

LUC. Bueno, desahóguese usted.

REM. ¡Ah! señora. Ha sido infiel y no puedo aborrecerla. (Cantando, música de «Sonámbula.») *¡Ah! perché ¡ah! perché non posso odiarti?...infedele...*

LUC. Pero, don Remigio...

REM. Oiga usted...(Leyendo.) «Mi querida *Gua-guá*.»

LUC. Eso es un ladrido.

REM. Lo parece. Se llama *Gua* dalupe *Gua*-jardo, y por contracción... todos la llamamos así... (Leyendo.) «Mi querida *Gua-guá*: He sabido que estás en Guadalajara...»

LUC. Otro *guá*.

REM. Sí, señora. (Leyendo.) «Como siempre, te quiero como un tórtolo y te soy fiel como un perro...» ¡Perro!

LUC. Ahora se explica tanto *gua-guá*.

REM. «¡Perro! He pensado ir á tu lado para reanudar nuestras relaciones y... (Fuerte campanillazo foro.)

LUC. ¡Silencio!

REM. ¿Eh?

LUC. Han llamado... Debe ser él... Pronto, á su sitio...

REM. Pero...

LUC. Por Dios, caballero...

REM. Bien, bien... (Cantando, música del «Trovador.») *Matre infeliche...*

LUC. ¡Chsss!

REM. (Cantando muy piano.) *Corro á salvarti.*

LUC. (Empujándole hacia la derecha.) Adentro.

REM. (Pianísimo.) *Corro á salvarti.* (Entra en la habitación. Otro campanillazo.)

LUC. Estoy temblando. Me parece que ya han abierto la puerta.

REM. (Saliendo.) Señora...

LUC. ¿A qué sale usted?

REM. Es que me dejaba aquí el instrumento.

LUC. Pronto, que viene.

REM. Con permiso de usted me llevaré también el coñac. (Coge la botella.) Esto da valor y fuerzas.

LUC. ¡Vamos!

REM. (Llevándose el contrabajo y la botella. Cantando piano.) *Corro á salvarti.*

ESCENA IX

LUCRECIA, PEPA. A poco CASTO por el foro. Trae un pequeño maletín ó saquito de mano, que con el abrigo y el sombrero deja sobre una silla á la entrada.

PEPA Señora... señora. (Entrando muy agitada y hablando á media voz.)

LUC. ¿Qué pasa?

PEPA Que está ahí el señor.

LUC. ¿Qué señor?

PEPA ¡Que señor ha de ser!...

CASTO (Entrando.) Aquí me tienes ya.

LUC. (Aparte, mientras él deja maletín, abrigo, etc.) ¡Mi marido! ¿Y cómo saco yo ahora al otro? Y ¿cómo le prevengo? ¡Ah! (Se sienta á la derecha de la mesa.)

CASTO (Viniendo por el otro lado de la mesa.) Sí, aquí me tienes ya, mi querida Lucrecia.

LUC. ¡Chss! Más bajo...

CASTO ¿Eh?

PEPA Chsss.. Más bajo.

CASTO No comprendo... ¿Estás mala?

LUC. Un dolor fuertísimo de cabeza.

CASTO ¡Ah! Ya veo que has tomado té.

LUC. Sí...

CASTO Pero hay dos tazas.
LUC. ¿Dos?... Sí.
CASTO ¿Quién te ha acompañado?
LUC. Pues...
PEPA Yo.
CASTO ¿Tú?
PEPA ¡La señora se empeñó!...
LUC. Eso es, yo me empeñé... Estaba sola, aburrida... Con este dolor de cabeza.
CASTO Pero el dolor de cabeza no te impedirá abrazarme. (Se mueve el portier de la puerta por donde entró don Remigio.)
LUC. Sí... (Casto hace un movimiento de extrañeza.) Porque el dolor de cabeza... no es de cabeza... es decir, sí es de cabeza, pero se me ha corrido á los brazos y... mira, mira cómo se me han quedado... (Poniéndolos muy rígidos.)
CASTO Y estás temblando... Habrá que avisar al médico.
LUC. Eso es... Vé tú mismo á avisarle.
CASTO De ningún modo. Yo no me separo de tí, estando enferma... Que vaya Pepa.
LUC. No; los criados son muy torpes. Nunca dan un recado como se les encarga.
PEPA (Aparte.) Bueno. Ahora lo pago yo.
LUC. Prefiero pasarme sin médico.
CASTO Después de todo, por fortuna, eso no será nada... Una excitacioncilla nerviosa... En mi cuarto tengo un específico que te podrá convenir. (Va hacia la derecha.)
LUC. ¡Casto!
CASTO ¿Qué?
LUC. Déjalo: no te molestes. Yo no tengo fe en los específicos... y además me encuentro mejor.
CASTO Lo celebro. Y ahora... para que entres en calor, te daré yo un abrazo ya que tú no puedes ó no quieres abrazarme...
LUC. Es que... (Se mueve el portier.) ¡No!
CASTO Pero...
LUC. Está Pepa ahí... Y no está bien delante de los criados...
CASTO Bueno. Pepa, márchate.
REM. (Saca la cabeza un poco y ve á Pepa. Aparte.) Está

la muchacha con ellos; no hago falta todavía.

PEPA (Aparte.) ¿Cómo acabará esto? (Vase por el foro.)

ESCENA XI

LUCRECIA, CASTO, DON REMIGIO, al paño

CASTO Ea, ya estamos solos. Ahora...

LUC. Ahora, señor mío, necesito algunas explicaciones... á respetuosa distancia.

CASTO (Aparte.) ¡Demonio! ¿Sabrá algo? (Alto.) Tú dirás... (Se sienta á un lado de la mesa en la silla que ocupó don Remigio. Lucrecia al otro lado. Casto debe estar siempre de espaldas á la puerta de la derecha.)

LUC. (Aparte.) Con tal de que don Remigio me comprenda y se esté oculto... (Alto.) Vamos á ver, *señor marido...* ¿Cómo *ha vuelto usted de Guadalajara sin avisarme* sabiendo que soy impresionable y nerviosa?

CASTO Pues es muy sencillo. He perdido el pleito y yo nada tenía que hacer allí.

LUC. ¿Has perdido el pleito?

CASTO Sí. Y no teniendo otra causa que me detuviera, creí poder darte una sorpresa agradable, y sin avisarte tomé el tren.

REM. (Asomando otra vez la cabeza. Aparte.) Parece que el galán es comedido... Lo siento. (Se le ve empinar la botella y echar un trago.)

CASTO ¿Es ese motivo para que me recibas así cuando yo, pensando en tí, te traigo unas cuantas chucherías como recuerdo?

LUC. ¿Y qué me traes?

CASTO Pues te traigo... una cartera y un bastón y una petaca...

LUC. ¿Una petaca y un bastón para mí?

CASTO Bueno; son para mí, pero como todo lo mío es tuyo... Para tí, exclusivamente para tí, traigo una pulsera de brillantes.

LUC. A ver, á ver... (Casto se levanta y va á la silla donde dejó el maletín.)

REM. (Aparte.) Hay movimiento en las filas. Atención.

CASTO (Aparte, mientras saca el estuche del maletín.) Era para la otra... pero después de lo que ha pasado no era cosa de tirarla... (Alto, mostrando el estuche abierto.) Mírala.

LUC. ¡Ay, qué bonita!

REM. (Aparte.) ¡Hola! Pretende seducirla con alhajas. Estemos alerta.

LUC. Voy á ponérmela. (Saca la pulsera del estuche que deja sobre la mesa.)

CASTO ¡Magnífico! Ya puedes levantar los brazos...

LUC. Pero, ¿qué veo? (Examinando la pulsera.)

CASTO ¿Qué?

LUC. Esta pulsera tiene grabada por dentro una dedicatoria.

CASTO (Aparte.) ¡Diablo! No me acordaba de eso.

LUC. (Leyendo.) «A mi idolatrada Gua. Once de Febrero.» ¿Qué significa esto?

CASTO ¿Eso? (Riéndose con risa muy forzada.)

LUC. Sí, esto.

CASTO Pues eso... está muy claro. «A mi idolatrada.» No hay que decir quién, porque yo no tengo más idolatrada que tú. «Guá.» Abreviatura de Guadalajara, que es donde la he comprado. Allí abrevian así todas las palabras que empiezan con Gua... Gua-dalajara, Gua-dalquivir, Gua-sinton. (Aparte.) ¡Qué barbaridad!

LUC. Gua-dalupe. (Recordando.)

CASTO ¿Eh?... ¡Ah, sí!... Gua-dalupe...

LUC. (Aparte.) ¡Qué coincidencia! (Alto.) Pero lo que no tiene explicación es la fecha... «Once de Febrero.» Ni nos casamos en once de Febrero, ni ahora estamos en Febrero, ni yo recuerdo...

CASTO ¡Once de Febrero! (Aparte.) En buen lío me he metido... (Alto) ¡Once de Febrero! Pues digo... la fecha de la proclamación de la República en España...

LUC. ¡Casto!... ¡Casto!... Aquí hay misterio.

REM. (Aparte.) El galán sigue respetuoso. ¡Paciencia!..

CASTO Pues bien... Oye la verdad. Ví esa pulsera en un escaparate ¿sabes? Me gustó ¿comprendes? Estaba hecha de encargo ¿te haces cargo? pero yo me empeñé en traérmela

¿entiendes? pagué lo que quisieron por ella y ahí está... Eso es todo.

LUC. ¡Ah, vamos!

CASTO Ni había yo visto siquiera tal dedicatoria... Si fuera otra cosa la habría hecho quitar.

REM. (Aparte.) ¡Qué demonios hablarán tanto y tan bajo!

CASTO Y ahora que todo está explicado, que estamos solos y que puedes ya mover los brazos, ¿te negarás todavía á abrazarme? (Abriendo los brazos.)

REM. (Aparte.) Se dispone á entrar en acción. ¡Preparen!

LUC. Vaya, déjate ahora de esas cosas.

CASTO Un abrazo, nada más que uno...

REM. (Aparte.) Se dirige á ella en actitud hostil. ¡Apunten!

LUC. Vamos, Casto, por Dios, estate quieto. (Casto corre tras ella hasta que la coge y la abraza.)

CASTO Te cogí, te cogí.

REM. (Aparte.) ¡La cogió! (Alto, saliendo y poniéndose entre los dos.) ¡Fuego!

CASTO ¿Eh? (Sorprendido.)

LUC. ¡Ah! (Confundida.)

REM. ¡Oh! (Con tono y actitud cómico-trágica. Para la colocación de los personajes, véase el fotograbado correspondiente á esta escena.)

ESCENA XII

LUCRECIA, CASTO y DON REMIGIO, en escena. Este, á quien se supone que el coñac ha hecho efecto, da algún ligero traspiés y demuestra que está algo trastornado por el licor, aunque procura conservar su gravedad y compostura

CASTO Lucrecia, ¿qué hombre es éste y por qué sale de mi cuarto?

LUC. Te diré...

REM. Joven. (Repara en que tiene la botella en la mano y la deja sobre la mesa.) Joven, yo me presento tranquilo, digno, fuerte, con mis derechos de espant... de esposo...

CASTO ¿De esposo de quién?

LUC. Pero, caballero...

REM. (Bajo á Lucrecia.) Déjeme usted. (Alto á Casto.) Usted, joven impetuoso y aturdido, pretende arrojar en esta casa la manzana de la discordia, pero yo estoy dispuesto á comerme la manzana. . y á usted. (Bajo á Lucrecia.) ¿Eh, qué tal?

CASTO Es un loco.

LUC. Pero, don Remigio...

CASTO ¿Tú lo conoces?

REM. (Como antes.) Déjeme usted. (A Casto.) Usted no retrocede ante la idea del deshonor de una mujer, de una madre... (Bajo á Lucrecia.) ¿Tiene usted hijos?

LUC. Pero...

REM. Pero... no contaba usted conmigo, infame seductor. Mi esposa, mi casta esposa, me ha contado sus persecuciones, sus asechanzas. ¡Pobre ángel! Yo te sabré defender. (La abraza y la dice por lo bajo.) No haga usted caso...

CASTO ¡Canastos! Y abraza á mi mujer... ¡Señor mío! (Cogiéndole por el brazo.)

REM. Nada de gritos. Nada de escándalos. Me basta conque no vuelva usted á pisar estas honradas alfombras. ¡Salga usted! (Señalando á la puerta del foro.)

CASTO Salga usted ó si no... (Idem.)

LOS DOS (A un tiempo.) ¡Salga usted!

REM. (Bajo á Lucrecia.) Señora, el temerario me indica la salida... pero no saldré.

LUC. Caballero, usted padece un error y yo debo explicar...

REM. ¡Como! (Procurando oir.)

LUC. El señor es mi esposo...

REM. Comprendo. La seducción ha sido completa y ahora quiere engañarme á mí... La pulsera... la pícara pulsera... (Cantando.)

La donna é móvile,
cual piuma al vento
muta d' acento...

CASTO Es un escapado del manicomio...

REM. Pero no, no ha de ser. (A Lucrecia.) Yo me he encargado de una misión sagrada, aunque difícil, y la cumpliré á pesar de usted. Usted me ha encargado del papel de espantajo has-

ta que vuelva su esposo de Guadalajara, y yo espantaré á este pájaro... y á los demás ó puedo poco.

LUC. (A Casto.) ¿Comprendes ahora? El señor, que es un nuevo vecino de la casa se ha prestado á representar el papel de esposo interino y estaba oculto ahí para poner coto á los atrevimientos y porfías de un importuno que me ha perseguido durante tu ausencia.

REM. ¿Pero... es verdad?

CASTO Gracias, caballero. Eso es noble y digno. En mí siempre tendrá usted un amigo.

REM. ¡Ah! Vamos... Pues igualmente... Remigio Calderón...

CASTO (Muy turbado.) ¿Eh?

REM. (Gritando.) Remigio Calderón. (Aparte á Lucrecia.) ¿Es también algo sordo?... (A Casto.) Remigio Calderón, tenor de ópera retirado, profesor de contrabajo en activo servicio y espantajo *per accidens*... en esta misma casa, tercero izquierda.

CASTO Bien, bien... (Procurando terminar la conversación.)

LUC. (Bajo á Casto.) Hombre, ¡qué sequedad! (Alto á don Remigio.) Crea usted, señor don Remigio, que tanto mi esposo, don Casto Andana, como yo tendremos gusto...

REM. ¿Andana? ¿Cómo? ¿Usted se llama Andana?

LUC. Sí señor, Casto...

REM. No... casto, no ..

LUC. Sí señor; Casto Andana.

REM. Yo sé lo que me digo. . Casto Andana, el seductor de Guadalupe.

LUC. ¡Cielos!

CASTO (Aparte á don Remigio.) ¡Silencio, caballero!

REM. Aquí está su carta. (Sacándola del bolsillo.) Eso es... (Leyendo.) «Tuyísimo... siemprísimo... Casto Andana.»- Usted debe conocer la letra.

LUC. La misma... sí... ¡Infame!

REM. ¡Infame!

LUC. (Casto va hacia Lucrecia. Esta se aparta. Aquél queda en el centro.) No se acerque usted á mí.

REM. (El mismo juego con don Remigio.) No se acerque usted á nosotros. ¡Y yo que procuraba velar por su honor cuando él procuraba atropellar el mío!...

CASTO Caballero, tranquilícese usted. Lucrecia, tranquilízate.

LUC. ¿Pero esa carta es tuya?

CASTO Sí.

LUC. (Lloriqueando.) ¡Ay, qué desgraciada soy! ¡Estarme engañando, y por una *Gua-Guá!*

REM. ¡Perro! ¡Encontrarse con un espantajo como yo para servirle... y también de *guagua!*

CASTO Dejad que me explique. Esa carta era un ardid.

LUC. ¡Cómo! (Don Remigio se acerca para oir bien.)

CASTO Yo tuve relaciones con esa joven... siendo soltero. Tenía en su poder documentos míos que yo no había podido recoger y temía que se negara á devolvérmelos. Al saber que estaba en Guadalajara, pretexté el pleito é hice el viaje, escribiéndole á ella que deseaba reanudar las relaciones, para inspirarle confianza y apoderarme de aquellos documentos. (Aparte.) Me parece que no va mal hilvanado. (Alto.) Pero juro á ustedes que de ninguna manera pensaba seguir con ella.

LUC. ¡Ah!

REM. Siga usted.

CASTO ¿Usted quiere que siga?...

REM. No... siga usted... el relato.

CASTO Ella, que es una muchacha honrada y virtuosa, se negó á lo primero.

REM. ¡Ah! ¿Conque después?...

CASTO Se negó á lo primero, á reanudar las relaciones; en cuanto á lo segundo, esto es, á entregarme aquellos documentos, lo hizo apenas lo supo, sin condiciones.

LUC. ¿Es cierto?

CASTO Según me dijo, está enamorada de un músico insigne, de un dignísimo profesor de contrabajo, y aunque él ha desaparecido sin explicación, ella ha jurado serle fiel hasta la tumba...

REM. (Gimoteando.) ¡Oh, caballero! (Abraza á Casto.) ¡Ah, señora!... (Va á abrazar también á Lucrecia y Casto lo detiene. Queda en medio.) ¡Qué peso se me ha quitado del corazón! ¡Oh, qué felici-

dad! (Cantando.) *Felicitá del ciel.* Corro á Guadalajara...

LUC. (Deteniéndolo.) Un momento... En pago de sus servicios le regalo esta pulsera para que obsequie usted con ella á su futura. (La toma de sobre la mesa y se la da.)

REM. ¡Oh! ¡Preciosa... preciosa!... ¡Calle! (Examinándola.) ¡Y tiene dedicatoria! (Leyendo.) «A mi idolatrada Gua.» ¿Eh?

LUC. Lo había adivinado al encargarla.

REM. «Once de Febrero.» ¡Caramba! La fecha del primer día de nuestras relaciones.

CASTO ¿También?

REM. ¡Cómo!

CASTO También .. lo habíamos adivinado.

REM. ¡Oh! Tantísimas gracias... Ya tendré el gusto de volver por aquí con mi señora.

LUC. (Aparte.) Nos mudaremos.

REM. ¡Señora!... ¡Caballero!... (Se dirige al foro y vuelve, diciendo:) ¡Caramba! ¡Qué cabeza la mía! Ya ven ustedes. Me marchaba á Guadalajara y me dejaba aquí el instrumento, el violón, ahora que voy á cargar con obligaciones y tendré que tocarlo más que nunca... Con permiso. (Entra por la derecha.)

CASTO Y ahora... me perdonas y me abrazas.

LUC. No debiera hacerlo. Mientras yo defendía tu honor tú me estabas haciendo una *perrería*... ¡Vaya un pleito!

CASTO Te juro que no tendré más pleitos.

LUC. Ni más causas... ni más *Gua-Guás*.

CASTO ¡Oh, calla!

REM. (Saliendo con el contrabajo y viniendo al proscenio.) Además, me olvidaba de despedirme de los señores (Señalando al público.) y de ofrecerme á las señoras como tenor... (Hace una escala.) Como profesor... (Da unas notas de contrabajo.) ¡Ah! y como espantajo.

TELON

Carta particular

Sra. D.ª Matilde Rodríguez
y Sr. D. Pepe *Rubio.*

MIS QUERIDOS AMIGOS: Toda la prensa, al dar noticia del lisonjero éxito que logró este juguete la noche de su estreno, ha celebrado, con indiscutible justicia, la perfecta y magistral interpretación que obtuvo.

Empleo la palabra *interpretación* porque, como dijo con mucha gracia nuestro buen amigo Ramos Carrión en el ensayo general de esta pieza, á que tuvo la bondad de asistir, la palabra *ejecución* debe reservarse para otros casos.

«Para vuestra satisfacción y efectos consiguientes», como se dice en términos burocráticos, me complazco en reproducir á continuación cuanto los periódicos han dicho, con este motivo, de vosotros y de vuestros dignos compañeros, la Srta. Lasheras, mi simpática amiga Rafaela, y el Sr. Escosura, á los que por su acertadísimo trabajo, hecho con esmero cariñoso, no he quedado menos agradecido ni menos obligado.

Vayan ustedes leyendo.

. . . .

«A tan excelente resultado contribuyó en gran parte la bondad de la ejecución.

»Matilde Rodríguez representó de un modo superior á todo encomio su papel de esposa traicionada, que dijo con exquisito donaire y con la maestría propia de las grandes actrices.

»Pepe Rubio estuvo inimitable en clase de tenor jubilado y profesor de contrabajo.

»Caracterizó con mucha verdad el personaje y, recordando, dentro del papel que representaba, sus buenos tiempos de cantante, tarareó cómicamente la romanza del *Fausto*, el credo del *Poliuto* y un *allegro* de la *Sonámbula*. ¡Fué aquéllo una delicia!

»Como era natural, se le aplaudió con el mismo entusiasmo conque se celebraron los grandes méritos de la Rodríguez.

»La Srta. Lasheras, en su papel de doncella y el Sr. Escosura en el de marido infiel, trabajaron con mucha discreción y merecieron bien del público.

....

»De estos aplausos participaron justamente los artistas que habían interpretado el juguete.»—J. A.—(*El Liberal*).

—

«*Gua-Guá* es un nuevo triunfo para el autor de *La gran vía* y para los actores que lo desempeñaron, entre los que merecen especial mención Matilde Rodríguez y Pepe Rubio.

»La primera demostró una vez más sus condiciones de artista cómica y Rubio, en el tipo de *contrabajo*, que es seguramente el mejor delineado del juguete, hizo prodigios de gracia, mereciendo aplausos de la concurrencia.

»Esta, que era numerosa y distinguida, llamó á escena al autor de la obra prodigándole sus aplausos, que hizo extensivos á los actores citados y á la Srta. Lasheras y Sr. Escosura, que desempeñaron sus respectivos papeles con gran acierto.

»La escena muy bien puesta, bajo la acertada dirección de Rubio.»—(*El Imparcial*).

—

«La interpretación no dejó nada que desear.»—(*El País*).

—

»Pocas veces podrá usarse con más justicia la famosa muletilla de que «los actores *bordaron* la obra.» La ejecución fué perfecta.

»Pepe Rubio ha hecho una de sus mejores creaciones en

un originalísimo tipo de profesor de contrabajo, sordo, crédulo y bonachón.

»Matilde Rodríguez, cuyo talento encuentra siempre ocasión de mostrarse brillantemente, dió gran relieve cómico á su papel de señora comprometida.

»Muy discretos y completando el acabado conjunto la señorita Lasheras y el Sr. Escosura.»—R. Blasco.—(*La Correspondencia de España*).

—

«*Gua-Guá* fué interpretado admirablemente por la señora Rodríguez y el Sr. Rubio.

»La Srta. Lasheras y el Sr. Escosura desempeñaron sus papeles con bastante acierto.»—(*La Epoca*).

—

«Felicitamos al autor y á los distinguidos artistas señora Rodríguez y Srta. Lasheras y los Sres. Rubio y Escosura, los cuales, con su talento, contribuyeron poderosamente al éxito alcanzado.»—C. L.—(*El Día*).

—

«Verdaderamente la obra del Sr. Pérez y González merece el éxito obtenido anoche por el ingenio con que está escrita, las graciosas escenas y chistes que abundan en la misma y el esmeradísimo desempeño que obtuvo por parte de la señora Rodríguez y el Sr. Rubio, principales intérpretes de la obra...

»Al final de la obra fué llamado el autor muchas veces á escena en unión de los felices intérpretes de *Gua-Guá*.

»*La mise en scene* muy bien.»—A. G.—(*El Tiempo*).

—

«El profesor de contrabajo es un tipo delicioso bien interpretado por Pepe Rubio.

»Matilde Rodríguez muy aplaudida y vistiendo con mucha elegancia.

»También fueron muy aplaudidos la Srta. Lasheras y el Sr. Escosura que contribuyen á la interpretación de *Gua-Guá*.»—(*El Nacional*).

—

»Matilde Rodríguez, Rafaela Lasheras, Pepe Rubio y Escosura interpretan el juguete admirablemente.» —(*Heraldo de Madrid*).

—

«Pepe Rubio estuvo muy bien, cantando regocijadamente *Poliuto*, *Fausto* y *Sonámbula*... vamos, á pedazos y de pura guasa. La Sra. Rodríguez, la Srta. Lasheras y el Sr. Escosura se ganaron también muchos aplausos.»—(*La Correspondencia Militar*).

—

«El tenor jubilado era Pepe Rubio, que hizo desternillar de risa al público.

....

»La ejecución fué primorosa Matilde Rodríguez hizo gala de su talento, ejecutando su papel de una manera inimitable.

La Srta. Lasheras y el Sr. Escosura estuvieron muy bien.» —(*La Iberia*).

—

«Los intérpretes, tratándose de este teatro, sólo puede decirse que estuvieron al nivel de su merecida reputación.» (*El Ejército Español*).

—

«La interpretación, resulta inútil decirlo, fué esmeradísima.

«Matilde Rodriguez como siempre; es, indudablemente, la primer actriz cómica de nuestro teatro.

»Pepe Rubio hizo, y hasta *cantó* su parte de tenor jubilado con arte inimitable. Con él y Matilde bastaría para que el Teatro Cómico hiciera una buena temporada.

»La Lasheras y Escosura, que respectivamente, hicieron la doncella y el marido, estuvieron discretos, ayudando con fé á los *amos del cotarro*.

»En resumen, el público salió del teatro satisfechísimo y la empresa puede estarlo también. El Cómico será esta temporada el teatro de moda.»—(*El Diario Ilustrado*).

....

No tengo más periódicos á mano; pero conste que todos, con perfecta unanimidad, han juzgado vuestra

admirable labor artística, á que muy principalmente ha debido este juguete el brillantísimo éxito alcanzado en la noche de su estreno y en las sucesivas representaciones.

Así lo reconozco con mucho gusto, complaciéndome en hacerlo público al frente de la obra, para daros un débil testimonio de mi agradecimiento y del verdadero cariño que os profesa vuestro antiguo y afectísimo amigo

Felipe Pérez

OBRAS CÓMICAS

DE

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

Recurso de casación.
El oso y el centinela.
Un cambio de situación.
Con Luz y á obscuras.
Casi... casi...
La manzana.
El Amigo Frito.
El Conde de Cabra.
¡Felices Pascuas!
La Villa del Oso.
¡Bonito soy yo!
Un simón por horas.
El Niño Jesús.
El barbián de la Persia.
El viaje al Suizo.
Pasar la raya.
La gran vía.
Champagne, Manzanilla y Peleón.
¡Tío... yo no he sido!
Oro, plata, cobre y... nada
Lo pasado, pasado.
París de Francia.
¡Doña Inés del alma mía!
La restauración.
Las mentiras.
Los cortos de genio.
¡Pelillos á la mar!
El Marquesito.
Los vecinos del 2.º
La jaula.
La de Vámonos.
De P. P. y W.
Mujer y ruina.
Las obscuras golondrinas
Gua-Guá.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Espartercs, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administracion

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.